

Susan Sontag, la intelectual y la diva

Una biografía de la autora de 'Sobre la fotografía' y 'La enfermedad y sus metáforas' aborda su proyección como escritora y como celebridad global

Joyce Carol Oates visitó el piso de Susan Sontag poco después de que se conocieran en 1980. Con ella viajó ese mismo año a Polonia para apoyar al sindicato Solidaridad de Lech Walesa. Profesora de universidad y prolífica novelista, con libros que suelen superar las cuatrocientas páginas, Oates no se extrañó de la capacidad de trabajo de su nueva amiga. Sobre el sofá reposaba un borrador de unas 250 páginas, anotadas y subrayadas, de un texto sobre Hitler. Solo se sorprendió al ver más tarde que de todo aquello había quedado en un artículo final de treinta páginas. El episodio revela no solo la tenacidad de Sontag, sino también su ansiedad por la perfección y un estilo que aspiraba a construir en cada frase un epigrama o un aforismo, ideas con impacto y con una argumentación reducida a su esqueleto.

Con ese estilo se hizo un hueco en la élite intelectual neoyorquina a partir de los años sesenta. Y con él también desmontó tópicos aún arraigados y repetidos, como aquel que asegura que una imagen vale más que mil palabras. Una imagen satisface mucho antes que mil palabras y por ello reprime o manda a los márgenes lo que hay detrás de ella, el espesor de su significado. Quien mire una foto de una guerra, empatizará con el sufrimiento de las víctimas, pero si se queda en ella no comprenderá realmente a la persona o personas retratadas porque no solo le falta el contexto sino también el texto, las causas, la situación, el conflicto.

Esta fue una de las ideas por las que Sontag se merece un respeto. La propuso en su libro *Sobre la fotografía*, aunque de algún modo la contradujo en *Contra la interpretación*, donde defendía una "erótica del arte", una conexión entre las formas y los senti-



dos sin que la búsqueda interpretativa del sentido arruinara la experiencia. Claro que una guerra no es lo mismo que un cuadro de William de Kooning, de quien toma una cita para empezar ese texto.

Pero el perfil de Sontag no se agota en sus obras. Se extiende por la figura del intelectual público, aquel que se posicionaba sobre los asuntos del momento, políticos, éticos y estéticos, tenía cobertura mediática y gozaba de influencia entre los ciudadanos situados en el *mid-cult*, en la cultura media, hoy medio desaparecida entre el fango de internet. También se convirtió en un personaje de la crónica de sociedad y, entre muchos que le conocieron, pasó a la historia por su carácter difícil, por su personalidad sadomasoquista, que le empujaba a humillar a los demás y abusar de sí misma.

La biografía autorizada de Benjamin Moser, *Sontag. Vida y obra*, ganadora del Pulitzer 2020 en su categoría y recién publicada por Anagrama, abunda en esta caracterización. Nacida en 1933 en Nueva York, criada en Tucson, Los Ángeles y otras ciudades estadounidenses, perdió a su padre —hijo de emigrantes judíos procedentes de Centroeuropa— cuando tenía cinco años y se quedó con una madre fría, guapa y alcohólica. Le ater-

rorizaba la idea de que un día podría marcharse de su lado sin avisar. Sabía leer a los tres años y escribir a los seis. Terminó el bachillerato a los quince y entró en la Universidad de California en Berkeley. Poco después se trasladó a la de Chicago, donde conoció al instructor de sociología Philip Rieff, once años mayor que ella. Salieron diez días y decidieron casarse. A los diecinueve años ya tenía un hijo, David Rieff, y ocho después de su boda ya estaba divorciada, había estudiado en Harvard y Oxford y publicado su primer texto en la prestigiosa *The Partisan Review*.

El biógrafo sostiene que una de las obras más conocidas de Rieff, *Freud. La mente de un moralista*, la escribió Sontag. Es una de las tesis fuertes del libro. Argumenta que en ella están todos los temas que luego desarrollaría la ensayista. Y aporta como prueba una carta que le escribió a su hermana, Judith, en 1950. En ella le cuenta que es la ayudante de investigación de Rieff y que entre sus obligaciones está la de leer libros y escribir reseñas que le han encargado a él pero que no tiene tiempo o ganas de hacer.

No es una gran evidencia, pero eso no significa que el fondo



En el título 'Renacida' Sontag se caracteriza como una "cobarde moral, mentirosa, indiscreta, falsa y pasiva"

sea del todo incierto. Cuando salió el libro de Moser en Estados Unidos, algunos críticos contrastaron lo que en él se cuenta con otras fuentes próximas a Sontag. Entre ellas, la de la autora Sigrid Nunez, expareja de su hijo David Rieff, que llegó a vivir con ella ente 1976 y 1978 en su apartamento neoyorqui-

no del Upper West Side. En *Siempre Susan* (Errata Naturae), Nunez sostiene que ella se consideraba "coautora" de esa obra, aunque a veces iba más allá y reivindicaba como suyas "cada una de las palabras" de la misma. Esto último, añadía Nunez, podía ser una de sus clásicas exageraciones.

El perfil de Sontag se extiende por la figura del intelectual público, aquel que se posicionaba sobre los asuntos del momento, políticos, éticos y estéticos



Susan Sontag en su casa de Nueva York, en 1989



Moser destaca la influencia que tuvo la lectura de la novela *Martin Eden*, de Jack London, en la adolescencia de Sontag. El protagonista es un rudo marino que se convierte en escritor de éxito estudiando por su cuenta. *Martin Eden* le proporcionó a la autora un objetivo y una meta. Gracias al esfuerzo intelectual y la escritura, podía ser parte de un mundo mejor, más atractivo, y merecer el respeto y cariño de los demás.

Para merecerlos, no obstante, no solo bastaba con ser una buena escritora. Necesitaba también un carácter comprensivo y tolerante, y esto, según ella misma confesaba, nunca lo tuvo. En el primer tomo de sus diarios, que lleva por título *Renacida* (1947-1964), hay una entrada de febrero de 1960 –con veintisiete años– en la que incluye una lista de las cosas que más detesta de sí misma. Se caracteriza como una “cobarde moral, mentirosa, indiscreta, falsa y pasiva”. Miente, cotillea, traiciona, busca la aprobación de los otros, los teme, sonrío demasiado... Sontag se castiga y desprecia a los otros. Piensa que no están a la altura, una crítica que ella misma sufrió cuando Harold Bloom puso con éxito en circulación el verbo ‘sontagizar’, es decir, practicar la superficialidad.

Para entonces ya era una diva. Desde la adolescencia, se sentía atraída por las mujeres. Pero escondió sus relaciones lesbianas para evitar que la encajonaran en un nicho y para tener así una base lectora más amplia, según el biógrafo. Había tenido parejas masculinas de postín, como



En 1965 junto a su único hijo, David Rieff

el artista Jasper Johns, que le dejó en una fiesta de Nochevieja a la que él mismo le había invitado, después de presentarle a su nueva novia, un suceso que según Moser no recogen sus diarios; y una gran conexión con el actor Warren Beatty o con el mismísimo Robert Francis Kennedy, fiscal general de Estados Unidos, hermano de John, y asesinado como él, esta vez en 1968, por un joven palestino supuestamente por su apoyo a Israel.

El poderoso editor Roger Straus le ayudó financieramente y le publicó cada uno de sus libros. Construyó su carrera. Su relación levantaba todo tipo de comentarios en el mundillo literario, y también numerosas envidias, pues contar con un protector con semejante mano editorial y con tanta lealtad era el sueño de la práctica totalidad de los escritores. Uno de los ayudantes de Sontag le contó a Moser que ambos habían mantenido relaciones sexuales ocasiona-



La imagen –soberbia– de la intelectual prevaleció sobre la obra de la escritora

mejante escisión perpetuaba los tópicos masculinos. Se podía ser, cómo no, bella e intelectual, aunque como la diva que fue siempre estuvo pendiente de su imagen.

A los 42 años le diagnosticaron un cáncer de mama. La quimioterapia le encaneció el pelo, lo que aprovechó para teñírselo de negro y dejar sobre la frente un mechón blanco, lo que le confirió una seña de identidad reconocible a primera vista. En 1978 publicó uno de sus libros más conocidos, *La enfermedad como metáfora*. Se centraba en la tuberculosis y el cáncer y en el tratamiento social que recibían. Cuando escribió esta obra, el cáncer era una enfermedad casi siempre mortal y suponía una amenaza de la que nadie quería hablar. Sontag criticaba el lenguaje bélico que se utilizaba al hablar de ella y que la estigmatizaba aún más, al igual que a sus enfermos. “Las células cancerígenas invaden” o “colonizan” el cuerpo y pueden con “las defensas del organismo”, ante lo cual la quimioterapia se presenta como una guerra química. A este escrito se sumó en 1989 *El sida y sus metáforas*. A la “invasión” orgánica del cáncer se añadía la “contaminación” y la “transmisión” de la sífilis, lo que redoblaba la marginación de quienes sufrían la enfermedad.

Moser le achaca que cuando escribió el libro sobre el cáncer no dijera que ella lo tenía –desde hacía muchos años– ni que el texto sobre el sida estuviera motivado por la afección de un amigo muy cercano. Sin embargo, Leibowitz documentó sus últimos días en el hospital con un aire entre la intimidad, que se hizo enseguida pública, y la consideración de un personaje histórico. Sontag era plenamente consciente y ella, que había escrito hace décadas aquel libro *Sobre la fotografía*, tuvo que pensar que su pareja estaba estetizando su muerte, acaecida en 2004. La diva volvía a emerger incluso en los peores momentos, también a juicio de Moser cuando llegó a Bosnia, en mitad de la Guerra de los Balcanes, y realizó una versión de *Esperando a Godot* que transformó en un acontecimiento global.

Con todo, con tantas cosas, Sontag encarnó y proyectó la imagen de la mujer escritora independiente. No llegó a la altura de su admirada Hannah Arendt, pero sí alcanzó una resonancia cuyo origen no solo estaba en sus contactos y en sus maniobras, sino también en sus textos. Aún libros como *Sobre la fotografía* tienen una lectura provechosa.

Iñaki Esteban



Sontag encarnó y proyectó la imagen de la mujer escritora independiente

les, por lo general en hoteles.

Entre sus emparejamientos con mujeres, el más sonado, a partir de 1989 y durante quince años, fue con la fotógrafa Annie Leibovitz. Según el contable de esta, Leibovitz le dio hasta ocho millones de dólares a Sontag, con los que entre otras cosas se compró un piso de lujo en Nueva York y llevó un tren de vida de rica neoyorquina en los años finales de su vida. Nada que ver con su apartamento en el Upper West Side de Manhattan, lleno de libros por todas las esquinas y electrodomésticos viejos, como los de cualquier estudiante de posgrado de la cercana Columbia University, una decoración que formaba parte de su *attrezzo* intelectual.

Moser insiste en que la imagen –soberbia– de la intelectual prevaleció sobre la obra de la escritora. Ella no habría estado de acuerdo con esa separación entre el exterior y el interior. En un artículo de 1975 sobre la belleza de las mujeres precisamente criticaba que se-